

“BREVE CHANSON”

Por Lily Iñiguez

Es un manojo de canciones dichas en voz baja, no para ganar coronas, sino porque la artista oyó desde niña en su corazón aprisionado una armonía, y necesitó decirlo. Y no se alzó sobre sus pies para gritar más de lo que sentía; sino que, al contrario, trató de dar vaguedad a su emoción, cargada desde temprano de tristes augurios que se cumplieron, de no objetivar demasiado sus imágenes, para no producir en los íntimos que la oían dolores que ella siempre quiso evitar. Se ve a través de los versos un alma que había menester expansión, pero que temía lastimar si revelaba su secreto. Por eso los que leyeron estas poesías antes de la muerte de su autora confiesan que no comprendieron todo su doloroso sentido; se limitaron a admirar la belleza melancólica que en ellas se difunde y no vieron el alcance profético de muchas frases; no supieron, por ejemplo, por qué la joven hablaba de “cantar su fugaz canción y después callar... dejando tras de sí un himno, mezcla de queja y alabanza, ferviente como un acto de fe”. (1).

Breve canción. Pero ¿es cierto que estas poesías forman en conjunto una sola canción? No revelan, acaso, tres estados de alma bien distintos? Lo dijo así la misma poetisa en esa joya rítmica que tituló “La Chanson du “Pauvre Coeur”. Allí se lee que hay primero “la canción nueva, la que habla del corazón que se prepara, que se embriaga de sueños azules, la que hace sonreír”; después “la antigua canción, la que nos dice del corazón conmovido, que se rompe de pena, la que hace llorar”; y por último, “la canción que enseña la vida, que nos cuenta del corazón que se eleva, que se irisa con la luz de otro corazón, la que hace cantar”. ¿Por qué, entonces, ese título del libro escogido por la artista? Sin duda porque en todas las composiciones, desde la primera, se insinúa y aparece, como un tema que siempre vuelve, así en la esperanza, como en el dolor y en la ternura, el augurio triste, que desgraciadamente se realizó.

En la más antigua poesía, un canto a la luz “en la mañana feliz de un día azul, en que la esperanza abría sus grandes alas de reflejos dorados”, recuerda la niña que la noche profunda está siempre pronta a volver. Y esta nota oscura parece dar más brillo al sol que corre por el poema. Pero como la cigarrá, “que hace de sí misma su lira”, a la cual dedica otra composición, cantó un loco himno de júbilo antes que llegara la tarde de su corto día.

De pronto suena la cuerda triste. El niño que soñó haber aprisionado el pájaro azul, despierta, busca el

(1) Siento tener que estropear las poesías que cito, al traducirlas libremente. Por eso en muchos pensamientos que he copiado del libro, no me he atrevido a poner comillas.

ave, y cree al principio que se ha volado. Pero es todavía peor: ¡nunca ha existido!

Y dice luego:

La terre est sombre et mécontente,
le ciel est plein de souci.

Les fleurs se fanent dans l'attente.

Mon coeur aussi.

Tout en tombant, ces fleurs mi-
‘closes

sentent qu'un ciel tres adouci
se déploira pour d'autres roses.

Mon coeur aussi.

Y el acento doloroso va subiendo, y llega un momento en que la artista va al templo a llevar al Señor, como oración, la imagen de la dicha que le ha sido negada.

Pero luego el lector, sin que se lo digan muy claro, se da cuenta de que algo nuevo ha surgido; algo que no es la felicidad, pero que se le parece; algo que es el dolor, pero que se parece a la felicidad: el dolor compartido. Comprende también que no sólo sobre la artista pesan los tristes augurios; pesan también sobre otros y para otros se cumplen más ligero. Y así como antes en la gloria del sol se insinuó la noche, ahora en la sombra aparece una nueva luz que hace la canción dulce y sedante.

Ante “El Mensaje”, bellísima escultura de su madre, siente la joven que se le revela el secreto de “las únicas palabras que no engañan: “aceptad y dad”. Y acepta la vida que le ha tocado y da ternura a todos los que la rodean.

Persiste más intenso el augurio triste. Siente Lily que los años van y se vienen “por los días que a ella van quitándole”. Pero ¿qué importa? ¿No hay acaso “otra ribera donde florecen para nosotros los sueños “irreales?”

Y ya no canta la angustia solitaria de las ilusiones perdidas. Pone flores en las tumbas; evoca a los que se fueron. La primavera vuelve para ella “sin promesas, pero no sin amor”.

Y tiene para los que quedan infinita ternura. Sus amigas, su padre, su madre, aparecen en sus cantos. Vive para los otros, porque un viejo proverbio de oriente le ha enseñado que en gozar está la sabiduría, pero en hacer gozar está la bondad.

Ha llegado la hora en que acepta las penas en silencio. Sabe que cada una de ellas guarda un misterio y no lo pregunta: canta, canta, canta.

Y cuando se acerca la hora tanto tiempo prevista, se aproxima la niña más y más a sus padres. Ve en su madre algo fuerte, algo grande como la oración, que lucha contra el mal, “poniendo belleza sobre todo rastro “amargo, y sobre los días que se “escapan un poco de eternidad”. Canta las bodas de plata de sus padres, y les pide que concluyan la catedral inacabada para que sobre la alta torre pueda alzarse la Cruz...

Y después cierra su libro y su vida, invocando “la ilusión que nunca “va a concluir”.